

el se antecipó sabiendo que esto sucedería, pero sin saber si el o no iba a ser exitoso. La habilidad de los homínidos para adaptarse a su entorno es una de las principales razones por las cuales han sobrevivido tanto tiempo. Los homínidos tienen la capacidad de aprender de sus errores y adaptarse a cambios en su entorno, lo que les ha permitido sobrevivir y prosperar a lo largo de miles de años.

LA DINAMICA CULTURAL

El hombre es un animal distinto, al cual la mera animabilidad le resultó precaria y que necesitó modelar su entorno, organizándolo, transformándolo en un medio propio donde vivir. El hombre no está —desde los primeros homínidos— inserto en la naturaleza, como el animal; guarda una distancia frente a ella, y llega a la misma a través de un “mundo” —que abarca desde sus creaciones más rudimentarias hasta sus logros de mayor complejidad; en suma, todos sus puntos de referencia— que él elabora. Esto, necesariamente, en la medida en que, como animal desajustado de su medio, tuvo que recrearlo, adaptándolo para sí. Este recrear es, sin más, creación cultural: lo que el hombre hace, en tanto hombre.

La cultura resulta ser, de este modo, el proceso mediante el cual, a lo largo de milenios, nuestra especie se ha humanizado, y ha permanecido en la humanidad. Dicho en otras palabras: el proceso a través del cual el hombre ha ordenado la realidad en un mundo con valores propios, y se ha ordenado en él. En este desarrollo —complejo, de alternativas múltiples, con fracasos y éxitos— toda la especie se ha comprometido: todos, en cuanto han sustentado, aun sin percatarse de ello, una tradición cultural; algunos, en tanto han aportado nuevas creaciones. Así, pues, el proceso cultural a nadie es ajeno, y a todos, irrenunciable. Se puede ser ajeno a ésta o a aquella cultura —parcial, determinada—, como también se puede renunciar a éstas o a aquellas formas culturales; pero no es ajena ni renunciable en sí, como no lo es la condición humana. Y esta necesidad no tiene, por lo mismo, un carácter de amable adorno, ni de gala prescindible: cuando una cultura está en juego, lo está también la imagen del hombre que éste ha formado al crear aquélla; y, desde esta perspectiva, el hombre no es más que su imagen.

La cultura está constituida por las variadas facetas de la creación humana, en su multidimensional posibilidad. Así como el hombre no es sólo un ente económico, ni sólo un ente político, ni sólo un ente dedicado a la ciencia, tampoco la cultura es sólo y parcialmente un producto económico, ni político, ni científico, ni tampoco filosófico, bien que, al menos en Occidente, en los fundamentos mismos de la concepción del mundo haya bases metafísicas. La importancia relativa de los distintos factores en interacción dependerá de lo que el hombre crea ser, y de lo que quiera ser; ello, en la determinación de las formas culturales.

¿Cuál es la importancia de todo esto? Considerar la urgencia de supervivencia que conlleva la creación cultural. Tener conciencia de que el mundo, como ámbito cultural necesario, requiere de la atención del espíritu para subsistir lozanamente, de la creación continua de formas culturales —creación que es, en gran medida, el asumir las existentes, recreándolas en una intimidad (con lo cual se hace hincapié en el aspecto personal de la asunción de la tradición cultural, y no en la mera conservación de aquélla, pues si se da la sola conservación de las formas, mas no de las fuerzas que las alientan, se puede caer en una esclerosis cultural)—; lo contrario, el dejarse llevar por una pura inercia, lleva a la vacuidad de las líneas proyectivas de un mundo: la religión se transforma en fábula y en rito inocuo; la ley degenera en casuística; la política, en oficio; las ideas, en etiquetas; la ciencia, en profesión; la filosofía, en erudición estéril o en retórica pedante. Cuando una cultura decae, decae el hombre inserto en la misma, pues es su medio el que está muriendo. La cultura no es un agregado exquisito, en ninguna de sus facetas; es posibilidad de supervivencia. Sin hombre, no hay cultura; pero sin cultura, no hay hombre.

PATRICIO OYANEDER JARA